

I

¿Por qué es tan difícil ser especial? Es una pregunta retórica; ya sé que porque somos demasiados. Hay gente que se adapta a no serlo, y a asimilar que en esto se ha convertido la vida. Pero de vez en cuando todos nos frustramos y queremos gritar, porque el alma, en mayor o menor medida, siempre necesita sobresalir en algún punto de nuestra existencia: de ahí surgen los maquillajes radicales, las actuaciones extravagantes y los crímenes inesperados.

Si quieres ser actor, escritor o futbolista ponte a la cola, porque de cada cinco millones sale uno prometedor. Si quieres ir al médico, pide cita y espera varias semanas (o varios meses) hasta que te atiendan. Reserva mesa si te apetece cenar un viernes por la noche en un restaurante, o si se te antoja comprar un boleto de lotería en diciembre. ¿Quieres ir al concierto de tu grupo de música favorito? Diez mil personas más en tu ciudad también. ¿Tienes prisa por comprar esa barra de pan porque tu coche está aparcado en doble fila? Pues saca paciencia para aguantar la cola que va por delante de ti, que incluye a otras diez personas que también necesitan pan y se dirigen con urgencia a trabajar. ¿Tu sueño es conocer a ese actor de moda, porque tu corazón late a mil por hora cada vez que lo ves en pantalla? Lamentablemente eres un eslabón más en la interminable lista de jovencitas que ya han creado páginas webs, blogs y que le han escrito miles de cartas admirando sus atributos físicos y psicológicos –pero no te preocupes, él está saliendo con varias modelos-. ¿Piensas que tienes algo interesante que decirle al mundo? Pues millares de personas también, así que lo más seguro es que ya lo hayan dicho antes que tú. (Casi) nada hay novedoso que puedas ofrecerle al mundo de las pasarelas, al literario o al interpretativo: ya lo han visto todo, y la indiferencia –o en el mejor de los casos, el sarcasmo– ante tus supuestas innovaciones les maquilla la cara: nada nuevo bajo el sol.

Entonces, ¿para qué molestarse en intentar nada? ¿Para qué aspirar a volar alto, si el techo del cielo está tan abarrotado que no se ve el sol? ¿Por qué no educar a las personas no para ser las mejores, sino para aprovechar sus aptitudes en la medida de lo posible? ¡Cuántas lágrimas, extravagancias, crímenes y suicidios se ahorraría el mundo si así lo hiciéramos!

Todo este discurso suena bastante superficial si tenemos en cuenta que me encuentro en una suite de lujo en la ciudad de Oporto, pero no por ser virtualmente rica y no tener que esperar en la cola del pan o del médico soy más feliz. Más bien es lo contrario: mi vida es un desastre y no consigo conectar con la gente. Lo único que me mantiene a flote se hace llamar «mi padre», aunque yo cada vez lo sienta menos como tal. Se le puede describir como un ingeniero medioambiental viudo montado en el dólar que arrastra a su hija menor de edad de aquí para allá para no dejarla languidecer al lado de unos abuelos con alzhéimer que se encuentran –eso sí– muy bien atendidos en una residencia de ancianos privada. Aún no he cumplido los dieciocho y ya he visitado más países de los que puedo recordar, pero, aunque

he ganado en cultura y experiencia, no he sido capaz de hacer amigos en el sentido más auténtico de la palabra.

En cuanto a mi padre... lo único que quiero de él son cinco minutos de su atención. Poder llamarlo como tal. Pero parece que esto es más complicado que cenar con el presidente de un país –cosa que me ocurrió una vez, en Barbados– o viajar en platillo volante –tengo fotos a bordo de una maqueta de avión giratorio invisible a los dos años de edad, en Nuevo México–. Ironías de la vida.

Nací en Nueva York hace diecisiete años, ya que mi padre se encontraba por aquel entonces trabajando en esta ciudad moderna y cosmopolita. Mi madre –que había abandonado sus estudios de veterinaria para seguirlo– murió poco después de una repentina enfermedad, lo cual complicó bastante las cosas, ya que mi padre no era capaz de hacerse cargo de mí personalmente. Tras pasar una temporada con diversas niñeras, me envió de vuelta a España para que me cuidaran mis abuelos, pero el destino volvió a jugársela a mi padre, que tardó en darse cuenta de que mis abuelos tenían principio de demencia y no estaban capacitados para seguir mis rutinas infantiles: lo comprendió el día en que me encontré llorando, con mis necesidades hechas encima y una ligera deshidratación. Después de eso no tuvo más remedio que relajar su apretada agenda laboral y hacerse cargo de mí. Me imagino que aquella fue la temporada en la que le vi la cara más a menudo. Es una lástima que no lo recuerde.

Así se sucedieron un par de años en los que compaginaba los cuidados personales –biberones sobrecaentados en el microondas, pañales puestos del revés y sábanas sucias ante la imposibilidad de hacer la colada a diario– con los cuidados de diversas niñeras y canguros que participaban en mi enseñanza (en diferentes idiomas) por hora. Mi padre pudo al fin respirar tranquilo cuando cumplí los tres años de edad e ingresé en una guardería privada, donde pasaba diez horas diarias con críos de diferentes razas, estratos sociales e idiomas. Ya desde pequeña fui consciente de la inmensidad del mundo –Nueva York es una ciudad atterradoramente grande para una niña de corta edad–, me acostumbré a todo tipo de acentos e incrementé mi jerga dialéctica hasta límites insospechados: cuando mi padre llegaba a casa para ver a su «angelita pelirroja» (como me llamaba), la mayoría de las veces ni siquiera entendía las palabras que usaba, porque chapurreaba una mezcla entre español, inglés vulgar y francés entrecortado. Al cumplir los siete años mi vida dio un giro de ciento ochenta grados al mudarnos a Marruecos, donde recibí una educación conservadora de la mano de una mujer llamada Fátima, de quien guardo gratos recuerdos relacionados con naranjos en el jardín y leyendas locales contadas a la luz de una vela en noches de tormenta. Fátima me quiso, eso es algo que se nota, y fue lo más parecido que tuve a una madre en unos años en los que mi padre aprovechó la autonomía que le ofrecía mi edad y los buenos cuidados de mi niñera. Y justo cuando me había acostumbrado a aquella vida sencilla de rezos periódicos, casas blancas y parsimonia temporal, tuvimos que mudarnos a Shanghái, donde me pasé gran parte del tiempo enferma, con problemas estomacales y de adaptación en una ciudad de quince millones de habitantes y donde la vida transcurre de forma vertiginosa. Para

entonces ya tenía diez años y los niños de la clase me miraban como un bicho raro. Mi padre me apuntó a clases de mandarín intensivo, pero mi profesora no tenía paciencia conmigo, decía que era demasiado lenta aprendiendo, y a eso se le sumaba que no comprendía el dialecto local y que los estudiantes se reían de mí por mi apariencia y mi forma de hablar. Si la infancia es un período difícil de por sí en cualquier parte del mundo, imaginaos para alguien que ha estado dando tumbos por ahí toda la vida.

Hasta los diez años viví en diferentes casas, pero después de la temporada en Shanghái comenzamos a frecuentar apartamentos y habitaciones de hotel. Mi padre cambió de estrategia, alegando que echar raíces en un lugar no era bueno para mí, así que procuraba buscar compromisos laborales que no se extendieran más allá de los tres o cuatro meses. Con su sueldo de setenta mil dólares al año más comisiones, estaba en condiciones de proporcionarme tutores privados que se ocuparan de mi educación. Pero lo que yo hubiera querido era asistir a una escuela convencional, hacer amigos y quedar con ellos los fines de semana, en vez de soportar a las novias esporádicas de mi padre –que él presentaba como amigas– y que me dejaran sola en el jacuzzi con una película de dibujos animados en el portátil y un trozo de pastel de chocolate.

Supongo que la gente huye de los dramas de sobremesa y prefieren pensar que una vida de lujos y constantes viajes es la solución perfecta a sus penurias. Pero al parecer las cosas también dejan bastante que desear por allí arriba.

Pobre niña rica, ¿eh? Con razón dice el refrán que nunca llueve a gusto de todos.